

# El misterio del eunuco

José Luis Velasco

Ga  
gran angular



Primera edición: mayo de 1995  
Trigésima primera edición: julio de 2014

Edición ejecutiva: Paloma Jover  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Coordinación gráfica: Lara Peces  
Cubierta: Nuria Zaragoza

© José Luis Velasco, 1995  
© Ediciones SM, 2015  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# 1

Los truenos retumbaban como si estallase el cielo tras un fogonazo de luz y el intenso chaparrón formaba un oscuro rumor sobre la ciudad. Bajo las arcadas que rodeaban el patio, un hombre delgado, que sobrepasaría ya los cuarenta años, paseaba nervioso de un lado a otro. Su casa era una hermosa villa alejada del ruidoso centro de Córdoba, rodeada por un amplio jardín que cerraba una tapia. A veces, se detenía para mirar las burbujas que la lluvia formaba en el agua del estanque situado en el centro del patio. Luego seguía paseando con gesto de preocupación.

–¡Este chico! ¿Dónde se habrá metido? –murmuró para sí mismo–. Precisamente hoy.

Anocheecía, pero los oscuros nubarrones que se aplastaban sobre la ciudad hacían que ya pareciese noche cerrada. El hombre llevaba una sencilla túnica blanca hasta los pies y una especie de casquete de fieltro en la cabeza. Se llamaba Hantal Idrissi. Se detuvo y, al momento, desapareció la preocupación que ensombrecía su rostro. Había oído la campanilla de la puerta exterior y una voz que siempre le emocionaba.

–¡Abrid, padre! ¡Soy yo! ¡Que me mojo!

El hombre se echó una manta sobre la cabeza y cruzó ligero el sombrío jardín para abrir la puerta de la tapia. Ante él apareció un muchacho de unos catorce años, medio rubio, con el pelo muy rizado y expresión vivaz.

–Pero ¿dónde te has metido? ¿Cómo vienes tan tarde?  
–le dijo con tono severo.

–Es que...

–Vamos, vamos adentro...

Ya a cubierto, en el patio de la casa, el muchacho se excusó.

–Me entretuve con el hijo de Banisahl jugando a las tabas... Perdonadme.

Sin decir palabra, el hombre se acercó al chico y puso las manos en sus hombros. Le miró, y en aquellos ojos inteligentes se transparentó la emoción y casi afloraron las lágrimas. Luego apretó al muchacho contra su cuerpo mientras le besaba en las mejillas.

–¡Que Dios te conceda tantas venturas como hasta ahora, hijo mío! Y que no te deje marchar de mi lado en mucho tiempo...

–Gracias, padre.

–Hoy cumples catorce años. ¿Lo habías olvidado? Es una edad especial, ¿sabes? Todo va a cambiar en ti. Vas a pasar de ser un niño a ser un hombre... O casi un hombre. Anda, sécate y cámbiate de ropa. La cena nos espera con algo especial que te gusta mucho.

–¡Ya lo sé!: pastel de hojaldre con pichón y pasta de almendras...

–Eso es... Y nuestra sopa de siempre cuando entra el otoño.

Poco después, Hantal Idrissi y el muchacho se hallaban sentados frente a frente sobre cómodos almohadones en una habitación acogedora de cuyas paredes colgaban ricos tapices. El suelo estaba cubierto de alfombras y un candelabro con seis velas nuevas iluminaba la estancia. Ya se habían tomado la sopa de sémola y el chico engullía con avidez un trozo de pastel.

–Padre... –dijo el muchacho.

–¿Sí?

–¿Os acordáis de vuestras dos promesas?

–A ver... ¿Cuáles? Te he hecho muchas y creo que todas las he ido cumpliendo.

–Hace tiempo me prometisteis dos cosas para el día en que cumpliese los catorce años. ¿Las recordáis?

–Dímelas tú.

–Bueno. Me prometisteis decirme por qué, siendo vos musulmán, me habéis enseñado la religión de los cristianos. Nunca lo he podido comprender.

–¿Y la segunda?

–Dijisteis que me enseñarías vuestra cueva secreta.

Antes de hablar, Hantal Idrissi tomó un trocito de pastel con mucha parsimonia, el único en toda la noche. Luego miró fijamente al muchacho.

–Está bien, cumpliré las dos promesas ahora mismo. Sí, lo iba a hacer. No lo había olvidado. Empezaré por la primera. Esperaba que terminases el pastel.

La curiosidad del chico hizo que se tragase el último trozo a toda velocidad. Después, sus ojos solo reflejaron expectación.

–Escucha: lo que te voy a contar no debe cambiar nada entre nosotros. Siempre he vivido solo en esta casa, con nuestro esclavo Huki. Y, desde hace catorce años, contigo. Yo nunca tuve esposa.

Los ojos del muchacho se abrieron como platos.

–¡Oh! Pero, entonces... Vos me habéis dicho siempre que mi madre murió al nacer yo.

–No. No es así. Yo... no sé cómo decírtelo. Yo no soy tu padre verdadero.

Ahora el muchacho se quedó como petrificado. Por un momento, pareció que la decepción iba a hacer que las lágrimas brotasen de sus ojos. Hantal Idrissi le cogió con fuerza las dos manos.

–Pero te quiero tanto como a un hijo de mi sangre y siempre será así. Siempre.

–¡Oh, mi señor! ¡Vos sois mi padre y yo vuestro hijo!

–Claro que sí, Fernando. Pero quiero contarte una historia: después lo entenderás todo y sabrás por qué te he dado la religión cristiana. Ya sabes que yo sirvo como médico a nuestro gran califa al-Haken casi desde que ocupó el trono. Hace catorce años, me designó para formar parte de una embajada que debía visitar al rey cristiano de León, Sancho I, que aún reina allí. Eran cuestiones de fronteras y todo se arregló bien. El viaje fue accidentado y penoso. De regreso, aún en territorio cristiano, una tormenta como la de esta noche nos sorprendió al oscurecer en medio de los campos. La comitiva iba mojada hasta los huesos y tenía prisa por llegar a algún poblado. Seríamos unos cincuenta hombres y nos mandaba un general. ¿Y sabes lo que ocurrió? De pronto oímos el llanto de un niño a unas varas del camino. Nadie hizo caso. A ninguno parecía importarle que un niño llorase en aquellas soledades y con aquel tiempo. Yo me detuve para averiguar de dónde provenían aquellos berridos. «¡Vamos, continuad, señor!», me gritó el general. Pero yo no le hice caso. Desvié mi mula del camino y me acerqué al lugar de donde salía aquel llanto desconsolado. Entre unos matorrales, algo se removía envuelto en una manta. Bajé de la mula y me aproximé. Levanté un pico de la manta empapada: era un niño. Tendría pocos días, muy pocos... Aquel niño eras tú. ¿Ves esa cruz que cuelga de tu cuello? Ya la llevabas. También tenías al lado una bolsita de cuero.

Hantal Idrissi calló unos momentos. Había dejado de llover y los truenos se oían cada vez más lejos. El silencio en la casa solo era roto por el goteo de los aleros en el patio. Los ojos del muchacho delataban asombro y ansiedad.

–«¡Volved, señor!», oí al general. Sí, regresé, pero ya te llevaba entre mis brazos. Tenías la cara y cuerpecito más preciosos del mundo. ¿Cómo iba a dejarte allí? Te envolví en otra manta seca que saqué de un cofre de mi mula, y te

llevé acunado en mis brazos todo el viaje. La soldadesca se reía de mí... Decían que tenía las mañas de una mujer para llevar a un niño. En el primer albergue que encontramos me procuré leche para ti. ¡Estabas hambriento! Caíste enseñada como un lirón. Y apenas te vi tranquilo, abrí la bolsita de cuero que encontré a tu lado. Me quemaba la curiosidad. Solo contenía un trozo de burdo pergamino con unas letras.

–¿Y qué ponían?

–Aún lo tengo guardado. No sé por dónde anda. ¡Hay tantos papeles en esta casa...! Pero recuerdo punto por punto aquellas palabras, escritas en romance castellano con las letras de alguien que apenas sabía trazarlas. Ponía exactamente: «El niño se llama Fernando. Somos pobres y ya tenemos otros nueve hijos. No podemos darle de comer. Le dejamos al borde del camino para que algún alma caritativa se apiade de él. Por la Virgen Santísima, recogedle y educadle en la fe de Nuestro Señor Jesucristo. Que Dios os lo pague».

–¿Y qué más?

–Nada más, hijo mío. Nada más. Siempre fui un hombre respetuoso con todos. Cumplí lo que pedían tus verdaderos padres. En contra de mi fe, te enseñé la religión de Cristo, que conozco tan bien como la mía. Al fin y al cabo, solo hay un Dios, que es el mismo para musulmanes y cristianos... Ya sabes que Jesús es uno de nuestros profetas, aunque Mahoma es el más grande.

–Yo siempre quise ser musulmán como vos.

–Haz lo que gustes cuando seas algo mayor. Pero yo he cumplido con mi obligación.

–¿Y sabéis quiénes son mis padres?

–Tu padre soy yo. Después de todo lo que te he dicho, ¿crees que alguien podrá apartarte de mí?

–¡Oh, no señor! Ni yo quiero.

–¡Ay, qué difícil fue criarte! Yo tenía mis obligaciones en el alcázar. No tuve otro remedio que contratar a un ama.

–La vieja Wafah... ¡Qué rabia que se muriera! La quería casi tanto como a vos.

–¡Claro! Ella te dio de mamar y te sacó adelante.

–¿A que no sabéis una cosa de Wafah, padre?

–Sí, la sé.

–¿De verdad? ¿Qué es?

–Que ella trataba de enseñarte a escondidas el islam...

–¡Eso es! ¡Cómo se ve que sois un sabio!

De pronto, Fernando se quedó callado mirando fijamente los restos de la comida. Y Hantal Idrissi advirtió que por su rostro pasaban a la vez mil emociones distintas y contrarias.

–Bueno, ya lo sabes. Ya conoces el secreto.

–Sí. Y creo... creo que me gustaría saber quiénes son mis verdaderos padres, encontrarlos. ¡Oh, cómo sufrirían al desprenderse de mí a causa de su pobreza! Perdonadme, pero, aun sin conocerlos, siento como si también los quisiera un poco.

–Te hago otra promesa: un día los buscaremos. Pero, entonces, ¿te irías de esta casa?

–¡Oh, no, padre mío! Eso no lo haré nunca. Vos, solo vos...

El chico no pudo seguir. Hantal Idrissi advirtió que la congoja atravesaba su garganta. Entonces, con un tono jovial, cambió de conversación.

–Bien, chiquillo. Recordarás que queda por cumplir la segunda promesa.

–¡Vuestra cueva secreta! –exclamó Fernando olvidando sus cuitas al momento.

–Vamos. Vamos ya.

La emoción hacía palpar intensamente el corazón de Fernando mientras seguía a su padre hacia el interior de la casa. Al fondo de un estrecho pasillo iluminado apenas por un candil, estaba la puerta negra asegurada con un grueso candado. Detrás existía un subterráneo al que, durante toda su niñez, nadie le había dejado bajar.

Hantal Idrissi, médico personal del gran al-Haken II, astrólogo, matemático, alquimista y botánico, tenía allí su obrador. Y, para Fernando, aquella puerta significó siempre la frontera con un mundo prohibido sobre el que se había forjado las más fantásticas imaginaciones.

Hantal Idrissi buscó algo entre sus ropas y sacó por fin la gruesa llave del candado, que tenía atada a un cordón. La puerta rechinó al abrirse.

Una escalera de desgastados peldaños de piedra descendía adosada a una pared curva de ladrillos rojos ennegrecidos por el tiempo. La llama vacilante de la vela que portaba Hantal en una palmatoria iba esclareciendo apenas las tinieblas. Aquel lugar desprendía un olor especial, que a Fernando le recordó el de las medicinas y las tintorerías. Una vez abajo, su padre encendió varios candiles, cuya luz mortecina dibujaba en las paredes grandes sombras fantasmales. Ante los ojos del muchacho se desveló con dificultad una estancia que casi le dio miedo. Estaban en una gran sala polvorienta, de techo tan bajo que agobiaba. Todo parecía desordenado y antiguo. Había mesas muy recias llenas de libros y papeles escritos con la letra de su padre. Se veían por todas partes frascos con líquidos de distintos colores, astrolabios, dioptras, clepsidras, esferas armilares, reglas paralácticas, cuadrantes murales, redomas, alambiques, fuelles... En un rincón, al fondo de un hornillo de piedra, el rescoldo de unos carbones encendidos producía una luz misteriosa y arcana.

Durante los primeros instantes, Fernando casi no se atrevió a hablar. Luego, tímidamente, empezó a hacer preguntas continuas: «¿Qué es esto?». «¿Y esto?». «¿Para qué sirve?». «¿Cómo funciona?».

—Calma, calma... Desde hoy, podrás bajar conmigo siempre que yo lo haga y, poco a poco, lo irás sabiendo todo. Ahora ten cuidado y no toques nada. Hay sustancias peligrosas.

La voz de Hantal Idrissi sonaba en aquel lugar de una forma distinta. Como más apagada y solemne.

–Pero ¿para qué os sirve el hornillo? Decidme eso –insistió Fernando.

–Para mis trabajos de alquimia. Apenas me dedico ya a ellos. Pero esta tarde he estado haciendo algo...

–Con la alquimia transformáis todos los metales en oro, ¿verdad?

–No... Algunos dicen que es posible, pero yo casi tengo la certeza de que esa teoría es falsa.

–¿Por qué?

–Los antiguos y muchos alquimistas de ahora creen que los metales son todos de la misma materia y solo se distinguen por el color. Pero no. Yo estoy seguro de que cada uno está formado íntimamente por átomos invisibles de naturaleza diferente. Lo único que hacen algunos es teñir de dorado ciertos metales.

–¿Y estos dibujos? –dijo Fernando señalando un gran pergamino sobre una mesa.

Se veían en él los símbolos de las constelaciones, listas de números y casillas con raros signos.

–Es una carta astral. La estoy preparando. Es la que corresponde este mes a nuestro califa. Le tengo que hacer las doce del año puntualmente.

–¿Y para qué sirve?

–Verás: en una carta astral se refleja... ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Están llamando a la puerta del jardín?

–Yo... yo creo que sí –dijo Fernando arrimándose a su padre.

Los dos guardaron silencio durante unos instantes. Debido a la profundidad de la cueva, escuchaban distante la campanilla del jardín, así como golpes repetidos e impacientes en la puerta de la tapia. Un sobresalto recorrió todo el cuerpo de Hantal Idrissi.

–Es extraño que llamen así a estas horas.

–¿Quién puede ser? –dijo Fernando un poco asustado.

Entonces llegó hasta ellos una voz enérgica y lejana, apagada por el rumor de un nuevo chaparrón y lo recóndito del subterráneo.

–¡Abrid! ¡Abrid, aghá<sup>1</sup> Idrissi! ¡Abrid en nombre del califa!

–¡El califa! –exclamó el médico, mientras tomaba un candil y corría hacia las escaleras–. ¡Oh, sin duda algo grave ocurre en el alcázar para que me llame a estas horas! ¡Vamos, vamos!

Fernando se fue tras él.

---

<sup>1</sup> Aghá: señor, en árabe.



## 2

Hantal Idrissi se puso rápidamente un albornoz de piel con capucha para protegerse de la lluvia. Fernando le siguió tal como estaba y cruzaron el oscuro jardín. Al otro lado de la tapia se veía resplandor de luces y podían escuchar metales de soldados y resoplidos de caballos. Al abrir su puerta, se encontraron con diez hombres de la guardia del alcázar, que llevaban faroles y los miraban. Un militar de barba negra puntiaguda se dirigió al médico.

–Señor Idrissi, traigo órdenes del califa para que nos acompañéis al alcázar. Podéis montar en esa mula.

–¿Y yo que hago? –dijo Fernando.

–Ven conmigo –respondió el médico–. Pero ¿qué ocurre?  
–preguntó Hantal Idrissi al militar.

–Nuestro emir desea veros de inmediato.

–¿Para qué?

–No lo sé con certeza, señor.

Se dirigieron al alcázar corriendo junto a la muralla de Córdoba, por su parte interior. Así evitaban el laberinto de callejuelas que formaban los barrios del sur de la ciudad. Muchos de ellos estaban cegados por calles sin salida. Terminaban en una tapia con una puerta, que los vecinos cerraban de noche para evitar la entrada de ladrones. Avanzando junto a la muralla se llegaba directamente al alcázar sin obstáculos. Los relámpagos y los truenos, acompañados de una